

POLÉMICA EN TORNO AL PROTAGONISMO Y A LA INDECISIÓN

Probablemente cuando estas glosas aparezcan insertadas en CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL, las negociaciones de Ginebra, por su actual lentitud y su perceptible complejidad, seguirán constituyendo una realidad. Tal prolongación, presumible en el orden del tiempo, hace innecesario correr el riesgo inherente a toda profecía, ya que vaticinar respecto de la perdurabilidad ginebrina vale tanto como sostener que en las orillas del lago Lemán se tiende a diferir la solución de los problemas planteados —ya explicaremos oportunamente por qué motivos internacionales—, aplazamiento que para algunos posibilita la puesta en acción de una técnica apaciguadora y que a otros les permite incrementar o atenuar sus exigencias, de acuerdo con la marcha de las operaciones militares realizadas en el delta del río Rojo. Los que lloran en el posible aplazamiento del litigio, consciente o inocentemente, trabajan en favor de algo que parecía haber entrado irremediablemente en su etapa epilógica y que ahora diríase posible el alcance de su galvanización e incluso de su fortalecimiento: nos referimos a la guerra fría. Así valorado lo que está aconteciendo, resulta evidente que Rusia, aun cuando sea por vía indirecta, cuenta con colaboradores, ignorante de los riesgos que encierra su posición apaciguante.

Las precedentes líneas acaso produzcan en el lector una impresión confusa, ya que no específicamente ininteligible. Esta posibilidad nos constriñe a realizar un propósito: ver si resulta factible proyectar un poco de luz sobre el panorama intrincado que, en el orden diplomático, nos ofrece actualmente Ginebra con los diálogos que allí se mantienen.

A nuestro entender, nos encontramos frente a una experiencia que denominaríamos de simetría histórica; los términos manipulados para determinar la existencia del parentesco que los conecta son las conferencias de Berlín y Ginebra; ésta desprendida de aquélla, como una consecuencia establecida con arreglo a la técnica moscovita, dialéctica fortalecida por la posición sistemática, episódica, incierta y vacilante de Francia e Inglaterra. En las dos citadas reuniones internacionales se polemizaba respecto de un problema que resultaba ser sustancialmente el mismo. Del lado occidental —más propiamente en cuanto tesis específica norteamericana—, la necesidad, urgente e inaplazable, de proceder a la integración del mundo occidental mediante la puesta en acción del tratado de 1952, estableciendo la Comunidad Europea de Defensa. Si dicho convenio se ratifica, se habría escrito, si no el epílogo de la guerra fría, cuando menos su próximo y tal vez inevitable caso. Ello significaría instaurar la tesis norteamericana, a cuyo tenor el mundo libre se encuentra encuadrado por una antítesis, y resultarían, por tanto, inadecuados cuantos esfuerzos se desplegasen para hurtarse a las consecuencias del apuntado dilema. Es perfectamente explicable que Rusia trate de diferir la instauración de tal epílogo, que, una vez elevado a la condición de realidad, despojaría a Rusia de sus explotables aliados dialécticos, cobijados a la sombra de un neutralismo y de una indecisión, que parecen achaques incurables incrustados en zonas visibles del cuerpo europeo; y ya que hablamos de un mundo antitético posbélico, conviene recordar que el obstáculo opuesto a toda posibilidad epilodal será realidad en tanto se propenda al aplazamiento de los problemas. Aplazar es alejar la posibilidad de epílogo en el orden del tiempo.

Si no se oponen objeciones a la precedente versión, ello no significaría que habíamos establecido contacto con la zona de los esclarecimientos; siempre resultaría inexplicado el por qué Rusia, de un lado, y Francia e Inglaterra, de otro, se muestran claramente inclinadas a alejar el advenimiento de epílogo, que, no siendo de avenencia, resultaría irremediablemente cruento. En lo que a Rusia atañe es fácil determinar el por qué pone en práctica, aun cuando con calculada atenuación, el sistema de las duchas escocesas. La explicación debemos buscarla en la propia Rusia y en la crisis política iniciada y actualmente todavía en período de progreso, con altos y bajos, sin desdeñar instantes críti-

cos, fácilmente perceptibles. Es evidente que la desaparición de Stalin generó una crisis política honda y, como tal, ni fácil ni próximamente eliminable. En ningún país se evidenció tan claramente como en la U. R. S. S., la interdependencia de sus políticas interna e internacional; no puede aseverarse que la primera sea eco de la segunda, ni que ésta determine la trayectoria de aquélla. Ambas se entrecruzan; son algo así como los auténticos vasos comunicantes. Bien se nos alcanza que muchos intérpretes del actual momento político ruso han vivido la ilusión de interpretar ese complejo eslavo estableciendo lo que estiman inconcuso: que la muerte de Stalin no sólo planteó el problema específico y arduo del reemplazo del autócrata desaparecido, sino una alteración respecto de tres problemas, sustanciales para Rusia: de un lado, la atenuación del satelitismo respecto de los Estados clientes; de otro, el incremento de la avenencia en lo que atañe al mundo occidental; finalmente, el aflojamiento de una tendencia autocrática, centralista e implacablemente laminadora. Si esas exteriorizaciones resultan ser ciertas, no menos evidente parece que declinaron al iniciarse el extraño y aun no satisfactoriamente explicado proceso Beria. Después de todo, esa alteración respecto del apuntado tríptico no debe sorprendernos, ya que acudiendo al sistema interpretativo que nos depara el paralelismo histórico será fácil inducir, como de manera punto menos que invariable, que cuando un régimen político percibe claramente que atraviesa por un período de acentuada inestabilidad, acude al sistema de buscar afanosamente medios de aglutinación, en la alegación de que existe un peligro exterior y amenazante.

Pero tampoco la explicación precedente logra satisfacernos plenamente, por cuanto, a nuestro parecer, admitir la versión que antecede equivaldría a considerar como inconcuso algo que nos parece discutible e incluso inexacto, a saber: que la U. R. S. S. está en posesión de una libertad tal de movimientos que le permite pasar, sin transición ni dificultades, del apaciguamiento al rotundo *nyet*. De un lado, porque el *nyet* ruso no encierra la significación rotunda del *no* occidental; de otro, porque la U. R. S. S. atraviesa, desde la muerte de Stalin, por un período de perplejidad que, cuando constituía achaque de los occidentales, permitía a Moscú alimentar y robustecer la dialéctica de la guerra fría, y la perplejidad y la indecisión de la U. R. S. S. en los instantes presentes nos parece innegable. Si se antepone a toda otra

táctica la, al parecer, propugnada por los mariscales soviéticos, en el sentido de acentuar la irreductibilidad de la autocracia centralista y de no ceder en nada respecto de la posición fáctica rusa, instaurada al cobijo de los desdichados acuerdos de Yalta y Potsdam, automáticamente se habrían malogrado todas las posibilidades rusas —no actualmente del todo extinguidas— de especular con los que, desde Occidente, se aferran a la idea de un neutralismo impracticable o prenden sus esperanzas secesionistas en una posible avenencia del Este y del Oeste. En tal hipótesis se derrumbaría toda la andamiada dialéctica en que se apoyan los que en Francia se niegan a ratificar el Tratado de 27 de mayo de 1952. Europa entonces, irremediabilmente integrada, formaría un bloque, cuya existencia equivaldría al inevitable sepelio de la guerra fría. Si, por el contrario —hipótesis que no debe ser totalmente descartada—, Rusia opta por practicar, al menos en apariencia, una política de apaciguamiento, inmediatamente presenciaremos la reapertura del duelo entre los mariscales y los diuviros del Krenlim, cuya posición sería precaria, sobre todo teniendo en cuenta que Beria, al caer ante el pelotón de ejecución, se llevó consigo la poderosa máquina de una fuerza policial visiblemente derrotada en su duelo frente a los mariscales. No sabemos lo que el lector pensará respecto de nuestra versión, posiblemente equivocada, mas si la brindamos no es por puro y condenable ademán de frivolidad, sino porque refleja adecuadamente nuestra específica interpretación del momento internacional presente.

* * *

Alejémonos episódicamente del campo ruso y traslademos ahora nuestro esfuerzo inquisitivo a tierras norteamericanas. Se ha dicho —creemos que la frase es de Will Rogers— que «dos Estados Unidos jamás han perdido una guerra, ni ganado una conferencia» (*the United States never lost a war or won a conference*). Dicho en otros términos, parece ser que los Estados Unidos se han especializado en ganar aplastantemente las guerras y en perder, impresionantemente, las paces. Discrepamos de la anterior y tan extendida versión; una paz puede perderse de dos modos: o cuando no se instaura (entonces la pérdida puede alcanzarse por igual a todos los beligerantes), o en el caso de que redunde en beneficio de uno de los vencedores y en perjuicio de los otros

ex aliados. El segundo supuesto es el más relevante y no se adecua a lo sucedido en el actual mundo posbélico; el primero parece más cercano de lo que aconteció desde 1945. Pensamos así porque se ha difundido apreciablemente la siguiente interpretación: no puede pensarse en la instauración inmediata de una paz con Rusia y, ante esa imposibilidad, no resta otra solución a los Estados Unidos que la de fortalecerse, en la misma medida en que se prolongue, en el orden del tiempo, la actual inestabilidad posbélica. Comprendemos que la imagen, así perfilada, resulta siniestra; pero nos preguntamos cómo podría atenuarse en forma que no resultase convincente ese aire siniestro del mundo posbélico. Véase, por tanto, qué motivos nos llevan a discrepar de la frase aludida, debida al ingenio de Will Rogers.

Con lo anteriormente alegado no intentamos justificar lo que hay de imprecisión y de ausencia de rumbo en la política internacional posbélica de los Estados Unidos, sino, sencillamente, intentar la explicación del fenómeno que tan comprensiblemente inquieta a cuantos europeos tienden su vista y concentran después su atención, una y otra proyectadas sobre las reacciones, a veces sorprendentes, del Departamento de Estado de Washington. Pedir a Norteamérica lo que Europa no es capaz de sugerir, y aún menos de realizar, nos parece de una deshonestidad dialéctica difícilmente disculpable. Tratemos, por consiguiente, de comprender a Norteamérica y acaso ese esfuerzo de interpretación, realizado a distancia, nos permita abarcar el bosque norteamericano, enfoque que los estadounidenses no pueden realizar fácilmente por estar situados en el corazón de su propia selva. Intento éste, el nuestro, ambicioso, que sólo por serlo no exculparía nuestro desistimiento. Tercemos, pues, en el debate sin prisa y sin pausa.

La más reciente versión de la política internacional norteamericana nos ha sido ofrecida por el presidente Eisenhower en el discurso pronunciado en Nueva York el día 31 de mayo, con ocasión de las fiestas centenarias de la Columbia University. He aquí la imagen central del discurso pronunciado por Eisenhower: el mundo está dividido en dos campos, el de la paz y la libertad y el del materialismo marxista, y entre ambos mundos gravitan millones de seres indecisos. De la anterior versión cabe inducir que, si bien Eisenhower parece inclinado a respaldar la interpretación dualista del mundo, en realidad termina por concebirlo como una trilogía al interponer, entre los dos grandes discre-

pantes, la masa ingente constituida por millones de entes perplejos. Así se nos brinda la concepción de un mundo basado en indiscutible trilogía. La interpretación no es nueva, ni siquiera sorprendente, por lo menos en lo que atañe a la moderna historia del viejo mundo, ya que, en esencia, lo que Eisenhower nos ofrece es un perfil de lo que ha sido en Europa, a lo largo de cuatro siglos, la política internacional de las coaliciones, política que consistía en pasar de la trilogía —dos protagonistas y un grupo cauteloso— al dualismo (encuentro de dos coaliciones, encabezada cada una de ellas por un astro de primera magnitud). Estos dos sectores veían su fortaleza incrementada por la adhesión de naciones que, originariamente inclinadas al marginalismo, terminaban por sumarse a uno u otro de los dos grandes discrepantes. Reducida la versión de Eisenhower a sus términos escuetos, nos encontramos sencillamente frente al sistema del equilibrio político o de la *balance of power*, y es frente a este renacimiento y atlantización del sistema del equilibrio, donde se registran las consecuencias de la inexperiencia norteamericana en estas materias. Los Estados Unidos, a lo largo de ciento setenta y ocho años de vida independiente, no han ofrecido acaso otra constante histórica que la de su persistente aversión hacia cuanto implicase la exportación al Nuevo Mundo del sistema de la *balance of power*; ahí radica la razón de ser de ese fenómeno, sorprendente y difícilmente explicable, del aislacionismo norteamericano, que mantiene su vigencia prácticamente hasta la segunda posguerra. Es cierto que toma carta de naturaleza el aislacionismo con el mensaje de Monroe de 1823, afinado dialécticamente en la oposición absoluta a todo intento de extender al Nuevo Mundo el sistema del legitimismo e intervención de la Santa Alianza, pero nos parece igualmente indiscutible que ya en tiempos de Jorge Washington (recuérdese su «Manifiesto de Adiós» de 17 de septiembre de 1796) se exteriorizó esa repugnancia norteamericana hacia cuanto implicase participar y complicarse en el sistema de alianzas, a la sazón imperante en el viejo continente, y la Santa Alianza encarnaba la nueva imagen del sistema del equilibrio, esta vez controlado y dirigido por las naciones europeas, que, tras vencer, años después, a Napoleón, vivían la plural e irrealizable ilusión de su omnipotencia y de su perdurabilidad. Esa repulsión norteamericana respecto de las alianzas y del equilibrio político (cuyo elemento nutricio no era otro que el de las coaliciones) se mantuvo, virtualmente sin discontinuidad, desde 1796

hasta 1949, no sólo respecto de alianzas específicas de viejo tipo, sino incluso en lo que hace relación a organizaciones de ambición ecuménica, que no son propiamente alianzas (la Sociedad de las Naciones y el Tribunal Permanente de Justicia Internacional). Si la antítesis del equilibrio y la imagen opuesta de las alianzas encarnan en la neutralidad y en la marginalidad, resulta evidente que Norteamérica practicaba esos dos modos de personalizar el desistimiento, y de ellos se nos ofrecen pruebas en las leyes de neutralidad *a priori*, tanto en las de 1935 y 1937 cuanto en la sorprendente e impracticable Declaración de Panamá de 3 de octubre de 1939, intento encaminado a lograr la continentalización del que originariamente fuera tan sólo aislacionismo norteamericano.

No es fácil que un pueblo avezado a la idea de la puesta en práctica de un marginalismo bisecular pueda ahora, *per saltum*, dejar a sus espaldas la constante histórica del aislacionismo y reemplazarla, repentinamente, por la imagen opuesta de la preeminencia y el dirigismo. Este cambio radical de rumbo engendra explicablemente la perplejidad y exige de los críticos la puesta en práctica de una comprensión y de una maleabilidad en proporciones de muy difícil captación. De ahí que cuando Eisenhower alude a lo que él denomina indecisos, citándolos en calidad de tercera posición polémica discrepante respecto del dilema Washington-Moscú, incurre en un evidente error calificativo, por cuanto de tal achaque de indecisión no están totalmente exentos los Estados Unidos.

En otra parte de su citado discurso diríase que Eisenhower intentó perfilar más acentuadamente su construcción dialéctica, ya que no alude ahora a los indecisos, sino que hace mención de los que «vacilan en la neutralidad», considerando que la neutralidad no constituye figura definitiva e irreparable, sino postura expectante y rectificable. Tal versión la reputamos de discutible, habida cuenta de que la neutralidad, como postura marginal frente al dilema Washington-Moscú, a más de significar una merma respecto de las cooperaciones que busca, afanosa y explicablemente, Norteamérica, implica la prolongación en el tiempo del actual estado de indeterminación posbélica, y en ese sentido constituye medio indirecto de favorecer la táctica de la «guerra fría», de la «paz fría» y de las «ofensivas de paz», tres artilugios que Rusia manipula adecuadamente, según le posibilitan las circunstancias, y que no siempre han sido debidamente perfilados, ya que ese tríptico complejo, para

la mayoría de los exégetas, puede incluirse en la denominación genérica de la «guerra fría».

Si pretendiésemos construir una tabla de valores encaminada a justipreciar la tesis esgrimida por Eisenhower en la Columbia University, acaso fuese dable afirmar que el factor *indecisión* cabe ser aplicado a los Estados Unidos, en tanto la inclinación *neutralista* puede considerarse como elemento calificador de la inclinación de Francia e Inglaterra, ambas presuntas aliadas de los Estados Unidos y las dos ofreciendo muestras reiteradas de su resistencia a ingresar en la órbita defensiva de los Estados Unidos.

Si valoramos la posición oscilante de Francia e Inglaterra en lo que a problemas geográficamente circunscritos atañe (en este caso, en el orden perentorio, el sudeste asiático, y en el sucederse del tiempo, todo el problema del Extremo Oriente), percibiremos que ambas naciones parecen inclinadas a prender sus últimas esperanzas inhibitorias en la posibilidad de establecer un *modus vivendi* que equidiste de la paz y de la libertad, de un lado, y del imperialismo soviético, de otro. Tal coincidencia temática, acaso demostrable en lo que atañe a los fines perseguidos, en más o menos acentuada escala, por las dos naciones citadas, no parece brindar parecidos motivos de similitud, en lo que respecta al proceso lógico referido a una u otra de ambas naciones.

Hablemos, en primer término, de Inglaterra. Albión es portadora en Ginebra de una alegación impresionante; viene a decirnos la Gran Bretaña que es inútil ignorar la experiencia fáctica ofrecida por el régimen pekinés, que controla la inmensidad de gran parte de las tierras eurásicas. Tal argumento parece fortalecido por otra alegación complementaria: una cosa es el problema de Corea, en cuya península luchaban dos sectores políticos claramente diferenciados, y otro bien distinto el pleito chino, ya que en aquel dilatado sector de Eurasia, frente al control político de Mao, sólo puede ofrecerse el aleccionador contraste de un régimen residenciado en Formosa y respecto de cuya futura acción nada se acordó y probablemente nada se decidirá con propósitos de reanudar una lucha civil, si no extinguida, por lo menos paralizada desde hace años. De ahí una consecuencia que no parece desprovista de cierta relevancia: conveniencia de no malograr irreparablemente la coyuntura de un diálogo con la China de Pekín, no debiendo desdeñarse la circunstancia de que para alcanzar ese fin se reunió la Conferencia

de Ginebra. De ahí la tesis de la paciencia esgrimida con simbólica reiteración por Mr. Eden y que se traduce en el consejo británico de «wait and see», receta que han esgrimido cuantos pretendieron cobijarse al abrigo de una política internacional que, por su indecisión y su sistemática tendencia al diferimiento, tanto posibilita la prórroga de la vigente guerra fría.

Las anteriores alegaciones ofrecen, pese a su aparente fuerza dialéctica, flanco a la crítica. Sencillamente nos encontramos ante una semiverdad construida a expensas de cercenar alguno de los elementos esenciales del problema que estamos examinando. Pensamos así considerando que la prolongación, hermanada a su hasta el presente innegable ineficiencia de los diálogos ginebrinos, permiten al Vietnam ampliar y consolidar una situación de fuerza que habrá de ser invocada como argumento fáctico sobre el cual apoyar más ecusadas exigencias. Esto aparte, ni Churchill ni Eden parecen calibrar exactamente en qué proporción la tesis norteamericana, propugnando la instalación de un sistema defensivo en el sudeste asiático, cuenta con la adhesión del dominio australiano, y si Inglaterra fué en su día excluida del ANZUS, ahora su apartamiento se incrementaría y creyendo lograr con su política de sedicente avenencia y de aparente posibilismo ventajas comerciales en China, lo que en realidad puede acontecer es que el factor aglutinante del III Imperio británico registre un período crítico de imprevisibles consecuencias y, si la *British Commonwealth of Nations* se resquebraja; Inglaterra habrá malogrado toda posibilidad de encontrar asidero para la puesta en práctica de una política internacional discrepante o sencillamente autónoma respecto de la norteamericana. Este es el equívoco en que se embarcó Mr. Eden; por ello, su posición en las orillas del lago Lemán está amenazada por toda suerte de riesgos.

Aludamos finalmente a otra de las naciones que Eisenhower habrá incluido mentalmente en el frente de la indecisión: Francia. Al Gobierno de París no puede ocultársele esta evidencia: de un lado, Norteamérica no participaría, como simple aliada de Francia, en una acción bélica de contraofensiva en Indochina si no actúa encuadrada y protegido su flanco por la preexistencia de un pacto, defensivo y plurilateral a la vez. Es igualmente cierto que Francia, con sus solas fuerzas, no puede hacer frente a la guerra de Indochina. Ello explica el que Bidault no vea otra solución que la de concertar un alto el fuego

en aquella península asiática, paralización bélica que inevitablemente sería antesala de un complemento político: concesión de una amplia autonomía a Indochina, antesala obligada de una futura, próxima y total independencia. En este sentido Norteamérica parece exigente y su anticolonialismo no deja lugar a dudas. Si Francia decide, al fin, desprenderse, más o menos totalmente, de la terrible hipoteca indochina, tal dejación en ningún caso podría reducirse a una experiencia geográficamente circunscrita. Francia es aún hoy — conviene no olvidarlo — el segundo imperio colonial de cuantos están trabajosamente sobreviviendo en esta dinámica etapa posbélica; en el seno de esa organización ultramarina, Francia se obstina en prolongar un sistema metropolitano y, como tal, difícilmente galvanizable. La evacuación de Indochina por parte de Francia sería interpretada — y no sin motivo — en otras partes del dilatado imperio colonial francés como un síntoma de evidente esclerosis, incentivo que daría señales de vida en la inmensidad del imperio colonial francés, que sólo en Africa se proyecta sobre 42 millones de habitantes y abarca una extensión de 10 millones de kilómetros cuadrados (Argelia, Túnez, Marruecos, Africa occidental francesa, Africa ecuatorial francesa, Madagascar, Reunión, Togo y Camerones), y ante cuya previsible recidiva no podría permanecer pasiva la corriente de opinión anticolonialista, bien perceptible en los medios políticos norteamericanos. Aquí radica la dramática contradicción de la política internacional francesa; de un lado, Francia se resiste a consentir su integración en la Europa de la comunidad defensiva de 27 de mayo de 1952; de otro, aun cuando el Parlamento logre ratificar dicho Tratado, será con la adición de restar del área de esa futura Europa integrada el imperio colonial francés, y finalmente Francia, por sí sola, difícilmente podrá hacer frente a la inquietud creciente que vive en el seno de su extenso imperio colonial.

¿No cree el lector que las consideraciones precedentes nos aproximan a lo que pudiéramos considerar como meollo del problema que estamos analizando? ¿Resultaría aventurado el consignar aquí, a guisa de consecuencia, que Francia e Inglaterra no han logrado percibir que la posesión de dilatados imperios coloniales, en otro tiempo señal de potencia y asidero de protagonismos, constituye en los instantes presentes un serio *handicap* para los que se obstinan en practicar un más o menos acentuado sistema colonial, con claras reminiscencias metropo-

litanas? Ante dicho trance, todo es preferible a las indecisiones, ya que el tiempo, al reemplazar al tiempo, se convierte en factor que incrementa el riesgo de esas naciones, titulares de un aparente protagonismo ultramarino. El remedio no puede encontrarse en la prórroga sistemática de los diálogos ginebrinos, que, lejos de representar el papel de coyuntura propicia al alcance de los pueblos amantes de la paz, la libertad y la justicia, constituyen elemento dispersivo del mundo occidental. Este es el gran drama del momento histórico que nos tocó vivir: no puede trazarse una línea divisoria a un lado y a otro de la cual sea dable situar a los indecisos y a los que aspiran al protagonismo; las dos inclinaciones aparecen como destinadas a ofrecer la experiencia de una ósmosis polémica, y de ahí la confusión imperante, única nota, siniestra y evidente a la vez, que cabe registrar en estas horas de perplejidad de alcance cósmico. Querer dar por inexistente lo que dejamos consignado, y obstinarse en elevar a la condición de líneas fronterizas polémicas elementos de notoria fluidez, equivale no tan sólo a diferir la solución de un problema, sino a lograr, con su aplazamiento, su inevitable agravación.

CAMILO BARCIA TRELLES

